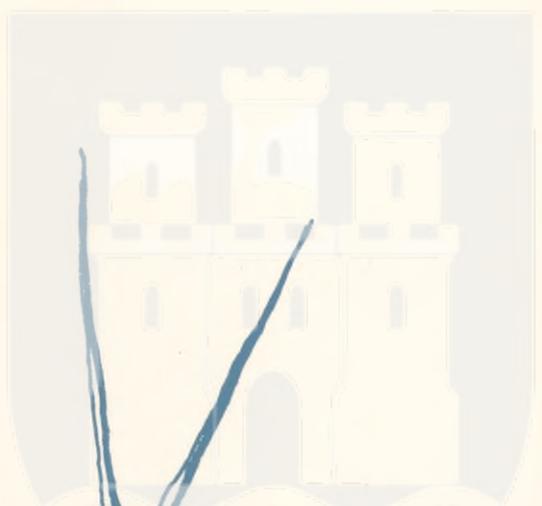


38



ALONZA



BPM Cardenal Cisneros

# Crítica de Libros

Por T. R. O.

Rafael Guillén, Tercer gesto (Madrid, 1967)

Quando hemos dado cima a la hermosa realidad de leer un profundo y bello libro —y este de Guillén lo es con penitencia— nos vemos en la necesidad de frenar nuestra tentación a no hacer crítica o a hacer de ella más bien otro poema, en vez de oponer a la imagen y el sentimiento del poeta nuestro intento de teoría por medio del concepto, lo cual, si que es ya labor de crítica. Y esto que ocurre al comentar un libro de poemas ajeno; esta urgencia de explicarnos el resorte teórico del poema, su módulo de causa original, es algo que radica primordialmente en la fe, en una fe absurda y falta de razón. El que una vez leído un poema que colma el asentimiento de lector, queramos desentrañar su fundamentación temperamental, es tan estéril, tan poco productivo ya en comparación con haberlo leído, que necesariamente constituye una actividad deportiva basada en la fe, en la más gratuita de las actividades. Descubrimos en Rafael Guillén una postura parecida en lo que se refiere a su voluntad de creer en el poema como desdoblador del fenómeno de la vida; como continuador de una misma realidad milagrosa que a veces se deja aprehender con actos más o menos evidentes, que constituyen por ellos mismos una justificación explicativa, pero que las más de las veces parecen morir en la nada, sin tiempo y sin espacio. El poema entonces significa la vida de tal realidad difícil, la continuidad de su esencia, una prolongación de ese fenómeno que tiende a desaparecer por carencia de medios que lo comuniquen. Nosotros, por un acto de fe en la poesía, consideramos al poema como conservador del ser y de la significación del mundo.

No hubiera traído a colación estos puntos doctrinales de no haberlos visto atestiguados

en este Tercer gesto de Guillén. Digamos, ya que el libro se compone de trece poemas censos y rematados, operantes, calidísimos. Y este ardor de convencimiento, de fe en la poesía, que posiona la labor creadora de Guillén se ha materializado en su innovación de anteponer a los poemas una especie de índice explanatorio o «actitud poética que puede servir de índice a este libro». Cada una de tales frases compemntarias que encabezan los poemas (puntualizamos: innecesarias sorprendentes y por fin concedemos que halagadoras) pretentizan la búsqueda de Guillén por brindar el mejor cauce para su comunicación. En nuestro caso, estos perfilados apoteogmas hacen culminar el espíritu y la caía de cada poema. Empalmando esta pequeña digestión con lo enunciado arriba sobre la fe, consideramos como altamente intencional y categorico —no anecdótico, por tanto— la cita primera, a modo de lema, de Julien Green: «Hay un segundo que dice de nuestro destino, pero este segundo es fruto de una larga serie de actos de los que no vemos que están ligados entre sí por un encañamiento secreto» (Journal, III). Muy oportuno de Guillén el habernos recordado tal concepto. Todos sentimos el desaliento al ir acumulando espíritu y esfuerzo y no ver el resultado inmediato; como una enorme inversión, en principio, a fondo perdido. Nada tan sobrecogedoramente pesimista como la labor del poeta. El poeta que estudia y trabaja (no se olvide la luminosa definición, «la inspiración es el trabajo de todos los días») está condenado a no percibir los frutos, sino a la larga, cuando ni los pida ni los sienta entrar en el patrimonio de su alma. Confieso que a Rafael Guillén le vengo leyendo hace un par de años: escasos y me entusiasma comprobar su creciente calidad, su desaforado esfuerzo por rendir la voz en perfección comunicativa. Y esta fe de creer en lo que no se ve, toca, pesa o se mide, conduce al resultado «poema» como la más exquisita de las recompensas. Este acumular méritos, a base de entrega total, en constante ejercicio de buscar la palabra mejor, provoca partes poemáticos ante los cuales el poeta es el primero sorprendido y gozoso. «Desconozco el origen y el proceso que origina mi intento de comunicación. Sólo sé que algunas veces me hallo, de improviso, en estado de palabra» (I).

Por eso  
amigo, sólo puedo  
asegurar que algunas veces, pocas,  
estoy en situación de lluvia, estoy

## aldonza

Revista de Poesía

diciembre, 1967

Director: Alberto Alvarez-Ruz

Redacción: Eras de San Isidro, 4

ALCALA DE HENARES

Depósito Legal: M. 17.499-1964

Imprenta: T. P. A.

# LETRILLA NAVIDEÑA PARA MI NIETO

Por JULIO GANZO

HEMEROTECA

(A Carlos-Enrique  
Ganzo López)

EL NIÑO nacía.

Mirando hacia el cielo  
José sonreía  
y en tanto María  
hilaba su anhelo,  
el Niño nacía.

Quitaban su velo  
las luces del día,  
la calma era fría,  
soñando consuelo  
el Niño nacía.

Celeste pañuelo  
la tierra cubría  
y un astro de guía  
causaba revuelo;  
el Niño nacía.

La paz era un vuelo  
del Avemaría,  
clamor de alegría  
brotaba del suelo,  
el Niño nacía...



BPM Central Cisneros

para encontrarnos de súbito  
con los lamentos capones  
enmarañado la boca,  
con los herrumbrados goznes,  
desenquiciadas las puertas  
y parados los relojes,  
polvorientos de nostalgias  
futuras, haciendo noche  
como barco que se hunde  
empavesado de voces  
que no van a parte alguna  
porque nadie las recoge.

Nos miramos al espejo  
de siempre, y nos desconoce,  
se llena de niebla, humo  
que vuelve todo a lo informe.

¿A quién preguntar secretos,  
pedir que nos desempoe  
de días, que nos devuelva  
aquel globo de colores  
que nos estalló en las manos  
cuando más ardía el goce,  
la fiesta de nuestra infancia?

¿A quién pedir que retorne  
al origen esta ruina  
yerbajosa de temores,  
orinientos los cuchillos,  
el Cielo de piedra y noche?

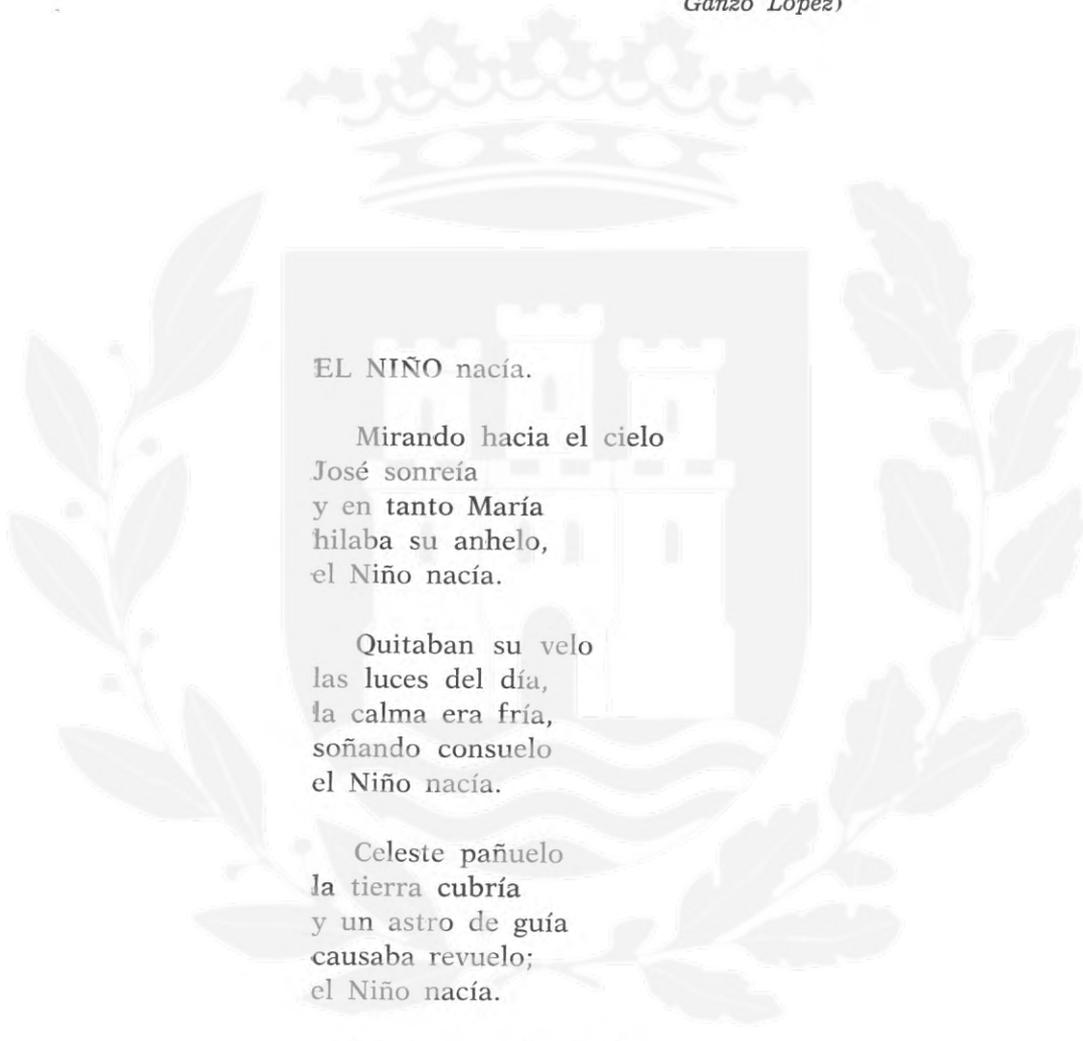
Hemos perdido la vida  
en esperar. ¿Quién conoce  
el porqué de las quemantes  
preguntas, los escozores  
que agrían risas y tintas?

El silencio nos responde.  
*Sin acudir a la Tierra  
el Cielo se hace de bronce.*

# LETRILLA NAVIDEÑA PARA MI NIETO

Por JULIO GANZO

(A Carlos-Enrique  
Ganzo López)



EL NIÑO nacía.

Mirando hacia el cielo  
José sonreía  
y en tanto María  
hilaba su anhelo,  
el Niño nacía.

Quitaban su velo  
las luces del día,  
la calma era fría,  
soñando consuelo  
el Niño nacía.

Celeste pañuelo  
la tierra cubría  
y un astro de guía  
causaba revuelo;  
el Niño nacía.

La paz era un vuelo  
del Avemaría,  
clamor de alegría  
brotaba del suelo,  
el Niño nacía...

para encontrarnos de súbito  
con los lamentos capones  
enmarañado la boca,  
con los herrumbrados goznes,  
desenquiciadas las puertas  
y parados los relojes,  
polvorientos de nostalgias  
futuras, haciendo noche  
como barco que se hunde  
empavesado de voces  
que no van a parte alguna  
porque nadie las recoge.

Nos miramos al espejo  
de siempre, y nos desconoce,  
se llena de niebla, humo  
que vuelve todo a lo informe.

¿A quién preguntar secretos,  
pedir que nos desempoce  
de días, que nos devuelva  
aquel globo de colores  
que nos estalló en las manos  
cuando más ardía el goce,  
la fiesta de nuestra infancia?

¿A quién pedir que retorne  
al origen esta ruina  
yerbajosa de temores,  
orinientos los cuchillos,  
el Cielo de piedra y noche?

Hemos perdido la vida  
en esperar. ¿Quién conoce  
el porqué de las quemantes  
preguntas, los escozores  
que agrían risas y tintas?

El silencio nos responde.  
*Sin acudir a la Tierra  
el Cielo se hace de bronce.*

## BALANCE

Por TOMAS RAMOS OREA

# HEMEROTECA

CUANDO EL FINAL irrumpe a manos llenas  
comienza ese recuento de las cosas  
que sirvieron de tema a la memoria.

Llamad sueño al afán de despegarse  
de un orbe que encadena, al que pagamos  
tributo en voz, sonrisa y permanencia.

Pero no al forcejeo de dulzuras  
que lleva a la palabra hacia un proyecto  
de amor, de rescatada melodía.

Lo que importa es subir a la pirámide  
desde donde el destino se agiganta  
en borbotón de vida incontenible.

El programa infinito, con exceso  
de márgenes futuras, lejanísimas,  
abre el surco de fe de la palabra,  
crea puentes de plata. El enemigo  
nada tiene que hacer —trampa y huida.

Lo tuyo fue el milagro que desciende  
por la rampa confiada del acaso  
y engrosa en su caer esos encuentros  
que en la vida se alzan como árboles.

Se rendían los mares a mi labio  
sediento de palabras y de hechos;  
jugábamos los dos, nos ocupábamos  
de llenar hasta el borde con hazañas  
los cuencos que la vida vio vacíos.

Yo no tenía nada,  
ni siquiera un cigarro.  
Mis viejos pantalones remendados  
y mi camisa rota para que pudiera respirar mi pecho flaco.

Yo no tenía nada y los relojes estaban lejos de mis brazos.  
Amigas como el roce de la nieve sobre el ramaje de los álamos,  
el agua de la isla para dejar mi cuerpo como un tronco flotante,  
el arpa del molino cantando con su son monótono y lejano,  
la garza de la siesta que cruzaba volando sobre el dulce  
bochorno de los sauces,  
las orillas del río cubiertas de nenúfares blancos.

Yo no tenía nada  
y por eso era libre como un pájaro.

## II

Ahora tengo una mujer que me ha dado un poema en forma de  
[muchacho.

Tengo una casa nueva con un balcón —violín de los crepúsculos—  
donde cantan las flores y los pájaros.

Tengo amigos y amigas más allá del Atlántico;  
los de aquí no los nombro porque los toco siempre con las manos.

¿Las cosas esclavizan?

Ahora tengo en mi carne la sonrisa  
de este poema en forma de muchacho  
y una mujer vestida con mi sueño  
que me calma mis fiebres de sonámbulo.

Y tengo muchas cosas pequeñas como barcos  
que navegan el alba o se quedan en tierra  
oliendo a piel podrida de naranjos.

Y tengo a la POESIA tocándome los párpados  
para que pueda navegar mi corazón delgado.

¿Algo es tener un poco  
de arena que se escurre de las manos?

Las cosas para mí son como alondras  
que cantan primaveras en mis brazos.

## BALANCE

Por TOMAS RAMOS OREA

# HEMEROTECA

CUANDO EL FINAL irrumpe a manos llenas  
comienza ese recuento de las cosas  
que sirvieron de tema a la memoria.

Llamad sueño al afán de despegarse  
de un orbe que encadena, al que pagamos  
tributo en voz, sonrisa y permanencia.

Pero no al forcejeo de dulzuras  
que lleva a la palabra hacia un proyecto  
de amor, de rescatada melodía.

Lo que importa es subir a la pirámide  
desde donde el destino se agiganta  
en borbotón de vida incontenible.

El programa infinito, con exceso  
de márgenes futuras, lejanísimas,  
abre el surco de fe de la palabra,  
crea puentes de plata. El enemigo  
nada tiene que hacer —trampa y huida.

Lo tuyo fue el milagro que desciende  
por la rampa confiada del acaso  
y engrosa en su caer esos encuentros  
que en la vida se alzan como árboles.

Se rendían los mares a mi labio  
sediento de palabras y de hechos;  
jugábamos los dos, nos ocupábamos  
de llenar hasta el borde con hazañas  
los cuencos que la vida vio vacíos.

Yo no tenía nada,  
ni siquiera un cigarro.  
Mis viejos pantalones remendados  
y mi camisa rota para que pudiera respirar mi pecho flaco.

Yo no tenía nada y los relojes estaban lejos de mis brazos.  
Amigas como el roce de la nieve sobre el ramaje de los álamos,  
el agua de la isla para dejar mi cuerpo como un tronco flotante,  
el arpa del molino cantando con su son monótono y lejano,  
la garza de la siesta que cruzaba volando sobre el dulce  
bochorno de los sauces,  
las orillas del río cubiertas de nenúfares blancos.

Yo no tenía nada  
y por eso era libre como un pájaro.

## II

Ahora tengo una mujer que me ha dado un poema en forma de  
[muchacho.

Tengo una casa nueva con un balcón —violín de los crepúsculos—  
donde cantan las flores y los pájaros.  
Tengo amigos y amigas más allá del Atlántico;  
los de aquí no los nombro porque los toco siempre con las manos.

¿Las cosas esclavizan?

Ahora tengo en mi carne la sonrisa  
de este poema en forma de muchacho  
y una mujer vestida con mi sueño  
que me calma mis fiebres de sonámbulo.

Y tengo muchas cosas pequeñas como barcos  
que navegan el alba o se quedan en tierra  
oliendo a piel podrida de naranjos.

Y tengo a la POESIA tocándome los párpados  
para que pueda navegar mi corazón delgado.

¿Algo es tener un poco  
de arena que se escurra de las manos?

Las cosas para mí son como alondras  
que cantan primaveras en mis brazos.

## ESPEJO EN CUATRO CUADROS

Por EDUARDO SANTISO AIRA

# HEMEROTECA

UNA NATURALEZA propia nos rodea,  
nos aísla y vincula a nuestro propio ser.  
Estrechamente unidos al pasado  
caminamos despacio,  
corazón con corazón unidos al Universo,  
hacia el misterio Verde  
que diariamente sueña la Esperanza.

Uno a uno Historia  
vamos tejiendo el Tiempo,  
intermediarios de un Futuro,  
codo a codo con la Vida,  
arrastrando las cosas en las pupilas  
hacia el camino Verde  
que diariamente nuestros pasos sueñan.

Soñando libertad sin ser libres,  
comenzamos los días y las noches  
unidos específicamente al Recuerdo,  
minuto a minuto diferentes  
en el andar del sueño,  
hacia el Amor Verde  
que diariamente nuestro corazón siente.

Verticalmente nacidos a la Vida,  
morimos horizontales  
mientras alguien nos llora  
desde otra Vida y otro Sueño,  
—Tiempo y Eternidad unidos,  
alma con alma en la Muerte—  
hacia el Silencio Verde  
que diariamente todos los muertos tienen.

## REGRESO

Por JOSE MAQUEDA ALCAIDE

# HEMEROTECA

PLEAMARES de ensueño.  
Los duendes del crepúsculo  
enrojecen las nubes.  
Boga firme la tarde  
hacia una clara noche  
y la barca regresa  
sobre la mar picada  
con un temblor de peces  
en su abultado seno.  
El motor gira raudo  
ansioso de arribada.

Declina un sol grosella  
con majestad de rito.  
Las algas, casi negras,  
entre lucientes conchas,  
festonean la playa  
con encaje de yodos.

Ya se acerca la noche...  
Su quietud y sus sombras  
brindarán a los hombres  
un sedante remanso  
de frescura y silencio,  
bajo estrellas de julio...

Acabó la tarea.  
Fue dura, prolongada.  
Los hombres se reintegran  
a la paz del descanso  
y hacia sus casas marchan,  
charlando jovialmente,  
encendidas las pipas  
humeantes de gozo.

## ESPEJO EN CUATRO CUADROS

Por EDUARDO SANTISO AIRA

# HEMEROTECA

UNA NATURALEZA propia nos rodea,  
nos aísla y vincula a nuestro propio ser.  
Estrechamente unidos al pasado  
caminamos despacio,  
corazón con corazón unidos al Universo,  
hacia el misterio Verde  
que diariamente sueña la Esperanza.

Uno a uno Historia  
vamos tejiendo el Tiempo,  
intermediarios de un Futuro,  
codo a codo con la Vida,  
arrastrando las cosas en las pupilas  
hacia el camino Verde  
que diariamente nuestros pasos sueñan.

Soñando libertad sin ser libres,  
comenzamos los días y las noches  
unidos específicamente al Recuerdo,  
minuto a minuto diferentes  
en el andar del sueño,  
hacia el Amor Verde  
que diariamente nuestro corazón siente.

Verticalmente nacidos a la Vida,  
morimos horizontales  
mientras alguien nos llora  
desde otra Vida y otro Sueño,  
—Tiempo y Eternidad unidos,  
alma con alma en la Muerte—  
hacia el Silencio Verde  
que diariamente todos los muertos tienen.

## REGRESO

Por JOSE MAQUEDA ALCAIDE

# HEMEROTECA

PLEAMARES de ensueño.  
Los duendes del crepúsculo  
enrojecen las nubes.  
Boga firme la tarde  
hacia una clara noche  
y la barca regresa  
sobre la mar picada  
con un tembiór de peces  
en su abultado seno.  
El motor gira raudo  
ansioso de arribada.

Declina un sol grosella  
con majestad de rito.  
Las algas, casi negras,  
entre lucientes conchas,  
festonean la playa  
con encaje de yodos.

Ya se acerca la noche...  
Su quietud y sus sombras  
brindarán a los hombres  
un sedante remanso  
de frescura y silencio,  
bajo estrellas de julio...

Acabó la tarea.  
Fue dura, prolongada.  
Los hombres se reintegran  
a la paz del descanso  
y hacia sus casas marchan  
charlando jovialmente,  
encendidas las pipas  
humeantes de gozo.

## LUZ DE DOMINGO

Por AMADOR DE LA CUESTA

*Para Aurorita Lafuente*

IBA BUSCANDO una rima  
y no podía encontrarla;  
pasaste tú y al instante  
quedó a mi verso engarzada.

Ni buril ni orfebrería  
para el engarce hizo falta.

Hizo el divino milagro  
solamente tu mirada  
tan llena de vida nueva  
aquella mañana clara.

¡Luz de domingo; la luz  
de Ramón Pérez de Ayala!

Ibas tú con tu sonrisa  
perfectamente aniñada,  
dejando por todas partes  
regueros de luz del alma.

El talle gentil y firme  
de figura arrancada  
a un paisaje de Wateau;  
los ojos verde esmeralda  
y un encanto indefinido,  
Aurorita, que embriagaba.

Eras la reina del Coso  
aquella mañana clara  
con tu pamelá de rosa  
graciosamente inclinada.

¡Luz de domingo; la luz  
de Ramón Pérez de Ayala!

"Paisano", dos libros de poemas, y dos cuadernos, uno con fotomontajes de Mateo Manuare, y otro titulado "Honras fúnebres", este último en las pulcras Ediciones Poesía de Venezuela que dirige Pascual Venegas Filarido —Apartado, 1.114, Caracas—, mas estas publicaciones han bastado para que se le califique como uno de los más ciertos valores de la nueva poesía hispanoamericana. Su poema *Un gran sueño*, que seguidamente transcribimos, es suficiente para darnos cuenta de la intensidad dramática de su quehacer lírico, de una poesía sustantivada por una toma de conciencia épica e indígena, estremecida a la vez por el desgano intrínseco del pueblo americano:

a)

*Mi esposa han sido estas distancias  
salvajes  
cuyas puertas son exterminio;  
aquí cantaron los pájaros que quise  
y murió la muchacha que amaba, entre valles ardientes;  
jugué la mocedad  
aquí  
donde no había amistad por los siglos pasados.*

b)

*Hacia las revueltas estrellas mi país estalla  
y persigue sus dones felices  
en las cruces de los héroes.  
Y en los lugares de su bandera es asesinado  
como un hombre en lugar extraño  
—buscando una moneda, buscando una dulce moneda  
que rueda por las multitudes.*

c)

*Si él ha hablado  
hemos perdido sus palabras.  
Y si hubiese reído o llorado  
habríamos perdido su risa o su llanto.  
Pues nosotros sostenemos una angusta cámara funeral  
expuestos a la risa y al llanto.*

Formado en el ambiente rural de la montaña, Ramón Palomares, poeta para amar la anchura y extensión de su paisaje natal, se enfrenta al tema urbano, a la encrucijada de *La ciudad*, y quejase:

*He allí una mujer triste;  
sobre sus hombros dos pájaros negros  
que miran al sur.  
Sus vestidos caen sobre la tierra  
cambiando de color a cada instante.  
La gente habla distintas lenguas  
por las calles del centro y sus alrededores;  
miran un sueño,  
nadie adivinaría cada uno de sus años;  
por las calles del centro,  
en gran agitación.*

Para terminar exclamando:

*Cuántos ocultos aposentos.  
Cuántos ocultos dictámenes.*

Por AMADOR DE LA CUESTA

HEMEROTECA  
*Para Aurorita Lafuente*

IBA BUSCANDO una rima  
y no podía encontrarla;  
pasaste tú y al instante  
quedó a mi verso engarzada.

Ni buril ni orfebrería  
para el engarce hizo falta.

Hizo el divino milagro  
solamente tu mirada  
tan llena de vida nueva  
aquella mañana clara.

¡Luz de domingo; la luz  
de Ramón Pérez de Ayala!

Ibas tú con tu sonrisa  
perfectamente aniñada,  
dejando por todas partes  
regueros de luz del alma.

El talle gentil y firme  
de figura arrancada  
a un paisaje de Wateau;  
los ojos verde esmeralda  
y un encanto indefinido,  
Aurorita, que embriagaba.

Eras la reina del Coso  
aquella mañana clara  
con tu pamelita de rosa  
graciosamente inclinada.

¡Luz de domingo; la luz  
de Ramón Pérez de Ayala!

“Paisano”, dos libros de poemas, y dos cuadernos, uno con fotomontajes de Mateo Manuare, y otro titulado “Honras fúnebres”, este último en las pulcras Ediciones Poesía de Venezuela que dirige Pascual Venegas Filardo —Apartado, 1.114, Caracas—, mas estas publicaciones han bastado para que se le califique como uno de los más ciertos valores de la nueva poesía hispanoamericana. Su poema *Un gran sueño*, que seguidamente transcribimos, es suficiente para darnos cuenta de la intensidad dramática de su quehacer lírico, de una poesía sustantivada por una toma de conciencia épica e indígena, estremecida a la vez por el desgarramiento intrínseco del pueblo americano:

a)

*Mi esposa han sido estas distancias  
salvajes  
cuyas puertas son exterminio;  
aquí cantaron los pájaros que quise  
y murió la muchacha que amaba, entre valles ardientes;  
jugué la mocedad  
aquí  
donde no había emistad por los siglos pasados.*

b)

*Hacia las revueltas estrellas mi país estalla  
y persigue sus dones felices  
en las cruces de los héroes.  
Y en los lugares de su bandera es asesinado  
como un hombre en lugar extraño  
—buscando una moneda, buscando una dulce moneda  
que rueda por las multitudes.*

c)

*Si él ha hablado  
hemos perdido sus palabras.  
Y si hubiese reído o llorado  
habríamos perdido su risa o su llanto.  
Pues nosotros sostenemos una augusta cámara funeral  
expuestos a la risa y al llanto.*

Formado en el ambiente rural de la montaña, Ramón Palomares, poeta para amar la anchura y extensión de su paisaje natal, se enfrenta al tema urbano, a la encrucijada de *La ciudad*, y quéjase:

*He allí una mujer triste;  
sobre sus hombros dos pájaros negros  
que miran al sur.  
Sus vestidos caen sobre la tierra  
cambiando de color a cada instante.  
La gente habla distintas lenguas  
por las calles del centro y sus alrededores;  
miran un sueño,  
nadie adivinaría cada uno de sus años;  
por las calles del centro,  
en gran agitación.*

Para terminar exclamando:

*Cuántos ocultos aposentos.  
Cuántos ocultos dictámenes.*

en personal estado de palabra.  
Luego llega el poema, si es que llega,  
por sí mismo; no siempre  
con una misma intensidad, o modo,  
o razón para ser. Y yo lo veo  
alejarse. Esto es todo. (I)

He aquí la única, la óptima postura del poeta: laborar calladamente por sí el poema se posa en él, le toca con sus alas de luz; y no preguntar, ni hacer más que recoger ese botín del misterio. «Entonces sue-  
lo tirar por donde más me duele. Lo primero es medir la hondura de las raíces» (II). Y el poeta canta lo más doloroso, en efecto; la realidad de su yo, de su mundo:

El adiós es un muelle, o un andén soli-  
[tario  
y en actitud de acecho. Como si Dios po-  
[sara  
una inconcreta mano de miedo en nuestro  
[hombro.  
Las despedidas, todas, nos llevan a la gue-  
[rra.

El adiós es ponerse de parte de la muerte.  
Hacer un equipaje es renunciar al mundo.  
[ (II)

Y esto sí que nos convence, este tema del dolor y de la soledad y de la angustia volcándose en el yo en vez de discurrirse —pavesas muertas— en quejumbres al mundo. Un palazgo monumental de la poesía de Guillén es la mutación de lo que en los malos poetas forma su *raison d'être*, a saber, que el mal poeta parte de un fenómeno concreto y lo volatiliza en mil fruslerías comunes. Guillén selecciona un fenómeno abstracto y lo encadena por el verso a una forma inteligible de visión y comprensión. Así nos habla de la soledad.

Era un bar con ventanas, y en la parte  
de afuera estaba el tiempo.

Pero había una mujer, tal vez callada,  
que sostenía con su cuerpo el borde  
animal de mi pena. Y era triste,  
lo recuerdo, mirarla  
tan cerca del olvido. (III)

Siempre se vuelve solo. No sé por qué  
[las calles  
parecen tan vacías cuando el amor termina. (V)

O del silencio:

El silencio es el fondo de un aljibe  
donde cae una piedra lentamente  
sobre un agua que nunca la recibe. (VII)

Magnífico el poema IX sobre una experiencia vital en los U. S. A. No es maravilla que yo muy personalmente asienta con el máximo fervor con el contenido de ese abisal y revelador poema.

Esta es una de las veces en que de verdad no hay espacio para hablar de cada cosa que quisiéramos. Tampoco hace falta. Si al que se desvela por reseñar una obra se le da un mínimo de crédito, pido para mí esa confiada aceptación de mis juicios por quienes me lean. Y ahora algunas consideraciones técnicas para terminar. Guillén conoce el efecto rematador de la rima. Su mencionado poema VII en tercetos encadenados es una pieza perfecta. Los demás poemas están escritos en versos de siete, nueve, once y catorce sílabas, con la gran flexibilidad que permite elegir la forma propicia para un fondo requerido. Quédanos ensalzar la pulida edición que Cultura Hispánica ha hecho de esta obra premio «Leopoldo Panero», 1966

# HEMEROTECA



BPM Cardenal Cisneros

**diciembre, 1967**